La biografía de Fernández Espino puede leerse en la sección de esta página ALANISENSES ILUSTRES.

Aunque este autor tiene composiciones destacadas en este campo y algunas con premio por la Academia de Buenas Letras de Sevilla, hasta la fecha sólo he podido recopilar ésta que a continuación se expone. En un futuro será ampliada esta demostración.

La ortografía está adaptada a ésta época.

De la corona poética a *Alberto Lista*

-ELEGÍA-

Sunt lachrymae rerum
Virgilio (Eneida lib. prim.)

Jamás el cielo altera
De la parca voraz el fallo triste:
Pasada la dicha cual fugaz quimera;
Pasan las flores en que abril se viste;
Pasan las ilusiones ¡Ay! La suerte
Nos muestra hasta el sueño
La imagen viva de la horrible muerte.

Mirad: la tumba encierra
Del caro Licio el corazón, que amores
Y virtud esparció sobre la tierra,
Y de la ciencia las preciadas flores:
Que a la patria, al gimnasio y mi ternura,
Le arrebató inclemente
El hado avaro de su lumbre pura.

Sus cánticos suaves,
Que poblaban las béticas riberas
De luz, de bosques, de pintadas aves,
De pastores y ninfas placenteras,
Breves pasaron como el blando aliento
De modesta azucena,
Que trunca y aja en su furor el viento.

También cual humo leve
Pasó la edad, en que enseñó inspirado
El giro lento de la casta Febe
De luces tibias y zafir cercado.
Y cómo anuncia la naciente aurora
Del rojo sol la llama,
Antes que asome por la mar sonora.

Como a su faz radiante
Se colora la flor, y el manso río
En su trémula linfa de diamante
Retrata el cielo y el ramaje umbrío:
Y la creación se anima, y desaparece
La noche, y sale el día,
Y canta el ave y el pénsil florece.

Como espira su lumbre
Y el orbe envuelve funeral desmayo,
Si el trueno agita la celeste cumbre
Y el aire enciende el fulgurante rayo.
Y cómo el Ponto con fragor resuena
Y en raudos torbellinos
Rompe sus olas en la blanca arena.

Cómo su alegre vuelo
El toldo escuro desvanece el aura;
Y en qué regiones se eterniza el hielo,
Y en cuales Febo su vigor restaura.
Y cuál da el Cáncer el dorado grano,
Y el otoño racimos,
Y bellas pompas el abril lozano.

Como el deleite impuro
Cegó en su orgullo a Babilonia altiva,
Y atrajo a Ciro a su soberbio muro,
Para postrarse ante sus pies cautiva.
Que no a los pueblos el poder y el fausto,
Sin en torpes vicios yacen,
Libraron nunca el destino infausto.

Mirad, nos dijo, a Grecia
Sublime en Maratón y en Salamina,
La inmensa Roma y la inmortal Venecia
Emulando a su gloria su ruina.
Mirad cual para su arrogancia loca
El héroe de Marengo
En escapada y solitaria roca.

Él explicó la llama,
Que nuestra frágil existencia anima,
Que el pensamiento en nuestro se derrama
Y al hombre solo en la creación sublima:
Que virtudes, amor, saber y anhelo
De dicha nos inspira:
Qué a Dios conoce, que nos guía al cielo.

Más ¡Ay! Pesares solo
Dejó en mi pecho su postrer suspiro.
Él cuya fama desde polo a polo
Llevó el Favonio en susurrante giro:
Él orgullo de Hesperia, el vate, el sabio
Que enalteció su historia,
Cerró por siempre su divino labio.

¡Ay! Sí; dolor y abrojos
En el desierto de mi triste vida
Dejó al mirarme con errantes ojos,
Signos terribles de eternal partida.
Su lumbre se extinguió. Fiero el destino
Ni la virtud respeta
¡La vida de la muerte es el camino!

Siempre el placer es breve;
Siempre es largo el pesar, siempre el recelo
De que espire la dicha turba aleve
El bien presente que nos manda el cielo:
Y siempre ¡ay triste! Con algún gemido
Fijamos el recuerdo,
Que al alma queda tras el bien perdido.

Tal es la vida humana.
Rica de sueños en la edad florida,
Inquieta en la viril, triste en la anciana,
Pasa cual sombra de la luz herida:
Y en pos del desengaño le aparece
La muerte despiadada,
Y en la insondable eternidad perece.

Mas si al hombre el destino
Torna en cenizas en la turba oscura,
Destello del genio del poder divino,
El mundo llena y por los siglos dura.
Y de envidias exento, su memoria
La tumba purifica,
Y en ella crece su brillante gloria.

Así entre aplausos suena
Del almo Licio el divinal renombre,
Y admirados el Rhin, el Pó y el Sena,
También repite su glorioso nombre.
Y el sacro Bétis que guió su planta
De la cuna al ocaso,
Si llora al sabio, sus virtudes canta.

Así el aura, que un día
En sus playas amenas de hoja en hoja
Al murmurio del agua repetía
Los puros cantos del sin par Rioja;
Hoy ante Licio silenciosa gira:
Y al ver mudo al gran vate
Ayes arranca de su dulce lira.

Así Arguijo y Montano
Cuando a su lado reposar le vieron,
Respetosos en himnos sobrehumanos
Solemne culto a su saber rindieron.
Uno le muestra con alegre anhelo
El templo de la fama:
Otros los triunfos que le guarda el cielo.

Luego en sus alas de oro
En raudo vuelo que ahuyento la niebla,
Al sabio ascienden al ardiente coro,
Que las mansiones celestiales puebla.
”Mira, le dicen que desde el reino augusto,
Cual te aclama de la tierra;
Mira aquí el premio que recibe el justo”.

José María Fernández-Espino